

Charlie Wilford y la Orden de los Caballeros del

Tiempo - I

EL MISTERIO DE LA REINA NEFERTITI

C.T. Cassana

Texto © C.T. Cassana, 2010

Todos los derechos reservados

*Para mi madre y mi marido,
las personas que más me han ayudado en la vida.*

*Y para Ignacio, Diego y Sofía,
las personas que la han hecho infinitamente mejor.*

Índice

CAPÍTULO I: La Orden de los Caballeros del Tiempo

CAPÍTULO II: Otra mudanza caótica

CAPÍTULO III: Horatio Conwell

CAPÍTULO IV: ¡Pillado!

CAPÍTULO V: ¡Pues vaya un tesoro!

CAPÍTULO VI: Pero, ¿dónde estará la maldita anilla?

CAPÍTULO VII: ¿Ustedes ya se conocían?

CAPÍTULO VIII: 51° 45' 3.82" N, 1° 15' 7.59" W

CAPÍTULO IX: ¡Bienvenidos a *Jurassic Park!*

CAPÍTULO X: La Gran Reina Nefertiti

CAPÍTULO XI: El cocodrilo y el gato

CAPÍTULO XII: Esto ya no es un equipo

CAPÍTULO XIII: Anjesenpaatón

CAPÍTULO XIV: *Yersinia pestis*

CAPÍTULO XV: “*La flauta mágica*”

CAPÍTULO XVI: Millas y leguas

CAPÍTULO XVII: E. Milford

CAPÍTULO XVIII: Charlot D’Artagnan

CAPÍTULO XIX: Un terrible suceso

CAPÍTULO XX: La vajilla egipcia

CAPÍTULO XXI: Santa Helena

CAPÍTULO XXII: *In Memoriam*

CARTA DE LA AUTORA

CAPÍTULO I: La Orden de los Caballeros del Tiempo

Cuenta una antigua leyenda que hace mucho, mucho tiempo, existió un príncipe piadoso y justo llamado Olwelin. A pesar de su juventud, el príncipe era un gran estudioso y un poderoso mago que dominaba las Artes Mágicas, la Alquimia y la Astronomía.

En aquellos tiempos oscuros, la crueldad y la desgracia habían devastado el continente europeo. Poblaciones enteras fueron diezmadas por plagas y enfermedades, innumerables guerras fratricidas asolaron todo a su paso y largos periodos de hambruna terminaron por borrar la compasión del corazón de los hombres, empujándoles a cometer actos terribles para sobrevivir.

Hastiado ante tanta desdicha, Olwelin juró que no descansaría hasta encontrar una fórmula que aliviara el sufrimiento y la necesidad de su pueblo. Cuando le vieron encerrarse en la torre del castillo y trabajar sin descanso noche tras noche, sus cortesanos supusieron que el príncipe intentaba hallar la piedra filosofal, una sustancia mítica capaz de transmutar en oro el vulgar metal; o tal vez el elixir de la vida, una poción mágica que proporcionaba la inmortalidad. Sin embargo, el verdadero propósito de Olwelin no era otro que inventar un ingenio con el que reescribir la Historia para hacerla más justa y humana.

Una noche serena y estrellada, el buen príncipe reunió a sus caballeros más fieles y valerosos en la Sala del Trono, donde les anunció que había concluido sus trabajos con éxito. Ante la sorpresa de todos, Olwelin les explicó que su descubrimiento jamás proporcionaría oro ni inmortalidad, aunque sí traería paz, confraternidad y justicia para su pueblo. No obstante, para conseguirlo, precisaba la ayuda de todos ellos y, considerándoles los mejores hombres de su reino, les invitaba a unirse a una orden secreta cuya finalidad era cumplir tan noble propósito.

Tal honor, sin embargo, conllevaba importantes renunciaciones y sacrificios pues, desde el momento en que aceptarían formular el juramento de adhesión, se comprometían a no volver a tener contacto con sus familias, a no beneficiar a éstas ni a sí mismos con el poder que se les iba a encomendar, a acatar ciegamente un estricto reglamento que aún desconocían y a someterse a un nuevo orden jerárquico que se les comunicaría sólo después de su ingreso en la orden. El incumplimiento de este juramento suponía la muerte o, lo que era peor, un encierro de por vida lleno de humillaciones y padecimientos.

Uno a uno, los hombres formularon el juramento, siendo investidos como Caballeros de la Orden del Tiempo. Después, el príncipe detalló las normas de la Orden, la misión que les encomendaba y les proporcionó a cada uno de ellos un objeto mágico para que pudieran llevarla a cabo.

Esa misma noche, Olwelin usó su magia para viajar al futuro y de ese modo descubrió los increíbles adelantos científicos y tecnológicos que desarrollaría la Humanidad. Su espíritu científico se maravilló al ver que la Medicina progresaría hasta lograr que los hombres se mantuvieran jóvenes, incluso a edad anciana; que se erigirían y habitarían grandes edificios imposibles de imaginar en su época; que se construirían unos ingenios increíbles llamados 'máquinas' que harían los trabajos más penosos y permitirían a los hombres recorrer distancias enormes e incluso volar.

Tras aquel primer viaje, y después comprobar que los Caballeros del Tiempo cumplían lealmente su cometido, Olwelin realizó otros tantos viajes, siempre con el ansia de ampliar sus conocimientos. Gracias a ellos, pudo aplicar algunos avances científicos en ingenios que había fabricado para mejorarlos y hacerlos indestructibles.

En ninguna de sus visitas el príncipe sintió curiosidad por saber cómo se desarrollarían los acontecimientos desde los tiempos de su reinado hasta la época que estaba visitando. Pero una tarde, cuando se encontraba en la biblioteca de una gran urbe para consultar unos libros de Biología y Botánica, Olwelin entró por error en la zona en la que se hallaban los libros de Historia y se sintió tentado de saber en qué fecha finalizaría su reinado. Para su sorpresa, su nombre tan sólo aparecía en una larga lista sucesoria, si bien no se mencionaba ningún dato relevante sobre él ni

sobre su reinado. Entonces buscó en otros libros y no encontró en ellos nada más sobre su figura, aunque sí supo de sucesos terribles que viviría la humanidad, matanzas inconcebibles, genocidios, guerras sangrientas, injusticias, traiciones, asesinatos... Acontecimientos horribles que tendrían lugar en distintos lugares del mundo y en diversas épocas.

Durante largas horas, Olwelin examinó decenas de libros que relataban aquellos hechos, ilustrando muchos de ellos con imágenes que mostraban el sufrimiento y la crueldad de las que era capaz la raza humana.

El corazón del ingenuo príncipe se quebró aquella tarde. Sólo entonces comprendió que, por muchos siglos que trascurrieran, la naturaleza de los hombres no podría cambiar jamás, pues en ella conviven importantes virtudes y grandes miserias, capaces de corromper el alma o de engrandecerla.

Desconsolado, Olwelin regresó a su época, consciente de que sus creaciones eran demasiado peligrosas si caían en manos de hombres irresponsables, codiciosos u obsesionados con su propia gloria. El hecho de arrebatarlas a los caballeros a los que se las había confiado no serviría de nada, pues eran indestructibles, y más tarde o más temprano alguien terminaría apoderándose de ellas. La única solución, por tanto, era lograr mantenerlas siempre en buenas manos.

Una vez más reunió a sus hombres, esta vez para compartir con ellos sus temores y para anunciarles que la misión de la Orden de los Caballeros del Tiempo había cambiado. Ya no importaba reescribir el pasado, pues los renglones de la Historia indefectiblemente acabarían por torcerse. Ahora su único objetivo sería mantener la existencia de su invento en el más estricto secreto, bajo el control férreo de la Orden, y hallar los mecanismos que garantizaran la supervivencia de la sociedad eternamente.

Los caballeros cumplieron los deseos del príncipe, incluso tras la muerte de éste, pues no en vano habían sido escogidos entre los mejores. Los objetos que Olwelin había creado pasaron de padres a hijos y la Orden pervivió hasta nuestros días en el mayor de los secretos. Su misión no cambió nunca, aunque sí su reglamento, que las nuevas generaciones de caballeros fueron amoldando a los nuevos tiempos y a sus propios intereses.

Muchos de aquellos objetos siguen hoy bajo su poder, pero no todos. Unos cuantos consiguieron escapar al control de la Orden y desaparecieron para siempre; pues, tal y como el propio príncipe Olwelin había aprendido, el corazón de los hombres alberga miserias capaces de torcer los propósitos más nobles.

CAPÍTULO II: Otra mudanza caótica

Aunque Franz Schneider sabía que poseía uno de los objetos más valiosos del mundo y que muchos hombres estarían dispuestos a matar por él, nunca pensó que aquello llegaría a ocurrir. Y mucho menos aquella misma noche.

Pero, en cuanto vio a un hombre seguirle a lo lejos, presintió lo peor y supo que le habían descubierto.

Franz sintió que una ola de pánico se apoderaba de él. Sin mirar atrás aceleró el paso intentando llegar a su casa cuanto antes para ponerse a salvo.

A duras penas consiguió dominar sus nervios y abrir la puerta de su casa. Una vez la cruzó y la cerró tras de sí, se quedó paralizado, con la espalda pegada a ella.

“¿Y si ha entrado?”, pensó. “¿Y si está acechándome, esperando a que delate dónde lo oculto para matarme?”

Una gota de sudor resbaló por su frente sin que Franz se atreviera a apartarla. Todos sus pensamientos estaban concentrados en detectar el más ligero sonido o cualquier cambio que se hubiera producido en su lujoso apartamento.

Después de permanecer allí durante varios minutos que le parecieron horas, consiguió reunir el suficiente valor para caminar hasta el vestidor que había junto a su dormitorio. Tras mirar furtivamente a su alrededor para asegurarse de que no había nadie, movió el pequeño retrato de su padre que había en la pared, dejando a la vista un teclado diminuto. Aún temeroso, marcó el código de seguridad y un enorme panel de madera se abrió suavemente, dando paso a una segunda cámara que contenía un único objeto.

Franz suspiró lentamente y alargó el brazo disponiéndose a coger, por fin, su salvavidas. Pero entonces, tal y como había sospechado, una sombra se abalanzó fieramente sobre él.

...

Desde la cama, Charlie miró el calendario que aún seguía colgado en la pared y la fecha rodeada en color rojo: 21 de noviembre de 2013, el día de la mudanza. Luego miró a su alrededor y vio la habitación vacía y las cajas amontonadas a un lado. Realmente le fastidiaba tener que marcharse de allí.

Todo comenzó con el nombramiento de su madre, Maggie Wilford, como Directora de Conservación del Museo Británico de Londres. Lamentablemente, los responsables del museo consideraban que una persona con semejante responsabilidad debía residir en una zona próxima a éste. Y así, los Wilford se vieron obligados a mudarse a la gran ciudad, dejando atrás su preciosa casa de Cambridge con su enorme jardín, en el que Charlie tenía su propia caseta de juegos.

“Seguro que ni siquiera podré tener mi propio refugio” se lamentó.

Como si adivinara su pensamiento, Marcus, su padre, se sentó en la cama con la excusa de arroparle.

—En la nueva casa estaremos bien. Es más antigua que ésta y está peor conservada. El jardín también es más pequeño —le dijo, como si quisiera dar primero las malas noticias—, pero la casa en sí es más grande. El desván es bastante tenebroso y oscuro, un lugar enorme, con un montón de recovecos y rincones. No me imagino a tu hermana Lisa subiendo hasta allí arriba, así que parece el lugar perfecto para instalarte y tener tus cosas —afirmó con gesto cómplice.

Charlie se animó un poco al escuchar a su padre, aunque disimuló dejando escapar un largo suspiro de resignación.

—La casa perteneció a la familia Conwell —continuó Marcus—, una familia de importantes arqueólogos e historiadores que siempre estuvo muy vinculada al Museo Británico. El último en vivir en ella fue Solomon, un hombre huraño y solitario, pero un erudito en Historia y Arqueología que trabajó en el museo. Tenías que haber visto la biblioteca, era una verdadera joya. Su hijo nos ha vendido la casa a un precio irrisorio. Hasta que tu madre y yo no hemos firmado el contrato de compra-venta, no estábamos seguros de que aquello no fuera más que una broma.

Charlie escuchó desinteresadamente las explicaciones sin saber aún que aquella información le sería realmente valiosa tan sólo unas semanas más tarde.

—No me importa la casa, papá —contestó—. Lo que me fastidia es que ahora tendremos que ir a un nuevo colegio, hacer nuevos amigos...

—Lo sé, Charlie, llevas razón —admitió Marcus—. Vosotros no sacáis ninguna ventaja de todo esto, pero se trata de apoyar a mamá. Ha trabajado muy duro para llegar hasta aquí, es el sueño de su vida. ¿Cómo podríamos quedarnos a vivir aquí mientras ella está en Londres? Sólo la veríamos los fines de semana y a la larga sería malo para todos nosotros. Es mejor que todos estemos juntos, ¿no te parece?

—Sí, supongo que sí.

Marcus se inclinó sobre su hijo y le dio un beso en la frente. Luego apagó la pequeña lámpara azul que había en la mesilla y salió de la estancia dejando la puerta entreabierta.

Charlie se quedó en la cama, tratando de imaginar cómo sería aquella casa y su nueva vida en ella. Sin embargo, lo que ni él ni ningún otro miembro de su familia podían sospechar era el modo en el que aquella vieja mansión cambiaría su destino.

Para siempre.

...

Franz Schneider apenas sintió el pinchazo que le inoculó la toxina mortal. Sin duda, su atacante era un profesional. La toxina le causó una muerte rápida e indolora, y además era indetectable. Cuando la policía suiza examinara su cadáver, concluiría que el señor Schneider había fallecido debido a un súbito ataque al corazón. Ni siquiera detectarían el pinchazo del cuello, realizado con una microaguja dérmica experimental que no dejaba ningún tipo de huella.

En cuanto Franz Schneider se hubo desplomado en el suelo, su atacante, Max Wellington, se concentró en quitarle el sencillo anillo que llevaba puesto en su mano derecha. Pero, justo cuando estaba a punto de finalizar la maniobra, un fuerte golpe en la cabeza le dejó inconsciente, tendido junto al cadáver del señor Schneider.

...

Aquella era la tercera mudanza de la familia Wilford y, según Marcus, no había ningún motivo para confiar en que no se produciría algún desastre. Aunque no era un hombre pesimista, su experiencia en los traslados familiares siempre había sido catastrófica.

En la primera mudanza, cuando se instalaron en El Cairo, la compañía aérea extravió todas sus maletas y jamás se recuperaron. En la segunda, cuando se fueron a vivir a Cambridge, se perdieron varias cajas con libros y notas que

Marcus había recopilado durante largos años de estudio e investigación arqueológica. Una verdadera tragedia.

En esta tercera ocasión, sólo Dios sabía qué podía pasar. Por ese motivo, Marcus vigiló celosamente los movimientos de los operarios y se aseguró de que todos los bultos se cargaban dentro del camión.

Después de dar un último vistazo a la casa, los Wilford se subieron al coche y escoltaron al camión de mudanzas hasta Londres sin perderlo de vista en ningún momento.

Tras pasar por delante del Museo Británico, el convoy avanzó unos metros y se adentró en una callejuela en cuya entrada un cartel oxidado advertía que no tenía salida. A ambos lados de la calle había una hilera de elegantes mansiones de estilo victoriano, de color blanco e idénticas entre sí. En el centro había una estrecha franja arbolada que terminaba en una pequeña rotonda, en la que dos Castaños de Indias se disputaban el escaso terreno disponible.

Marcus aparcó justo en la rotonda. Allí, solitaria y orgullosa, se erguía una vieja mansión de ladrillo rojo con un aspecto lúgubre y en un estado de aparente abandono, hasta el punto de que a Charlie le sorprendió que su madre hubiese aceptado comprar algo así.

El niño salió del coche para observarla con detenimiento. Aunque no era fea, había que admitir que su fachada era extraña, con una mitad curva y la otra recta. No tenía un solo adorno y parecía llevar abandonada mucho tiempo. Nada en su apariencia, sencilla y casi inocente, hacía sospechar el poderoso secreto que aquella destartada mansión guardaba en su interior.

—¿Qué os parece, chicos? —preguntó Marcus.

—Da pena, papá —afirmó Lisa con rotundidad—. Es la más fea de toda la calle y la más vieja.

Luego se giró hacia una de las casas blancas por las que acababan de pasar.

—Aquella de ahí está en venta —dijo señalándola con el dedo—. Podíais haberla comprado en lugar de ésta.

—Cariño —respondió su padre mientras se desabrochaba el cinturón—, esta casa ha sido una verdadera ganga.

Maggie se bajó del coche con una amplia sonrisa, como si no le importase en absoluto el comentario de su hija. Suavemente introdujo la mano en el bolsillo y sacó una llave con la que abrió la puerta de la vivienda. Charlie la vio perderse en su interior y se dispuso a seguirla. De pronto, su madre volvió a

salir a la calle con una expresión de incredulidad y enojo. Su rostro empezó a enrojecer y el gesto se fue tornando cada vez más furibundo.

Charlie conocía de sobra esa expresión: cuando su madre se ponía así era como una olla a presión humana a punto de estallar.

Marcus bajó del coche. Él también conocía aquella expresión y, sin duda, sabía que había problemas. Nada que no debiera haber previsto; a fin de cuentas, estaban de mudanza.

Entretanto, Maggie había entrado de nuevo en la vivienda. Sus furiosas pisadas recorriéndola de un lado a otro se oían desde fuera y no auguraban nada bueno.

—¡Maldita sea! —se la oyó exclamar—. Pero, ¿cómo se atreve a hacernos esto ese maldito presuntuoso? ¡Ese niño arrogante! ¡Ese vividor! ¡Ese hortera inculto!

Charlie no entendió demasiado bien el significado de todos aquellos calificativos. Ni siquiera tenía la certeza de si se trataban de insultos, porque los insultos que usan los mayores a veces suenan tan refinados, que es difícil saber si se está faltando a alguien o si se le está haciendo un cumplido. Con lo fácil que sería decir “estúpido come mocos” o “gallina meapilas”. Algo así no deja lugar a dudas.

Lo que sí estaba claro es que su madre estaba enfadada, incluso furiosa. Y que por suerte no era con él, aunque de eso nunca se podía estar totalmente seguro.

—¡Maldito imbécil!— volvió a gritar Maggie.

Charlie reparó que a su madre se le empezaban a entender los insultos, así que la situación debía de ser bastante seria.

—¿Qué ocurre?— preguntó Marcus al tiempo que subía los peldaños de la entrada de la casa.

—¡Ese maldito hortera ha dejado todo aquí! No ha pintado la casa como acordamos, ni se ha llevado los muebles. ¡Está todo aquí! Y ahora, ¿¿¿cómo hacemos la maldita mudanza???

...

Aunque Max Wellington tenía los nervios de acero, no pudo evitar sentirse aterrado al ver el cuerpo sin vida de Franz Schneider tendido junto a él. Indudablemente algo había salido mal. Intentó incorporarse, pero le dolía terriblemente la cabeza y se sentía aturdido. A duras penas logró sentarse y, a pesar del riesgo que corría, se tomó unos instantes para analizar la situación.

Los rayos de sol entraban por el amplio ventanal de la habitación contigua. Max miró su reloj de pulsera y se sobrecogió al ver la hora local: diez y media de la mañana. Había permanecido allí tendido más de once horas.

Sus ojos registraron el cuerpo de Franz Schneider y la estancia en la que se encontraban. El anillo de aquel desdichado había desaparecido y, lo que era peor, la cámara de seguridad estaba vacía.

Sin duda alguien le había seguido. Suponer que tanto él como quien le había golpeado la cabeza habían dado con Franz Schneider al mismo tiempo y que simplemente sus caminos se cruzaron por casualidad en aquel vestidor, era del todo impensable.

Aunque el botín se había esfumado, el hecho de que Max conservase su propia vida dejaba clara una cosa: su atacante era uno de sus hermanos, uno de los miembros de la Orden de los Caballeros del Tiempo. Un miembro poco honorable, dispuesto a conseguir sus trofeos jugando sucio, pero no lo suficientemente loco como para arriesgarse a quitarle la vida a uno de los suyos.

Max no llegó a verle, por lo que no tenía ningún indicio de quién podría haber sido, aunque lamentablemente había varios caballeros de los que sospechaba. Llegar a descubrir de quién se trataba sería bastante complicado, ya que su atacante mantendría aquel botín en secreto.

El timbre del lujoso apartamento interrumpió sus pensamientos. Parecía que el señor Schneider tenía visita. A esas alturas del día no sólo estarían echando de menos a su víctima, sino que en breve también empezaría a echarle en falta a él. En unas horas Max debía presidir el consejo de dirección de Aurum, su grupo empresarial, en Manhattan, a miles de kilómetros de allí.

Aún aturdido, buscó el pequeño maletín que había traído consigo. Por suerte su contrincante no se lo había llevado, posiblemente suponiendo que pertenecía al desdichado señor Schneider. Max lo abrió y comenzó a sacar el sofisticado equipo de limpieza que transportaba en él. Debía borrar en tiempo récord cualquier huella que delatara su presencia en el apartamento del señor Schneider la pasada noche.

...

Al rato de ver a sus padres hablar nerviosamente por sus móviles con el antiguo propietario, con la agencia inmobiliaria y suplicar a los operarios de mudanzas que esperasen un poco hasta que la situación se aclarase, Charlie supuso que los mayores se estaban poniendo de acuerdo para arreglar el problema, cualquiera que éste fuera. Así que se deslizó por el interior de la casa con la sana intención de comprobar si las cosas eran tan graves como parecían. Su madre insistió en que esperase en el coche, pero resultaba

demasiado aburrido y siempre podría excusarse diciendo que necesitaba ir al baño.

El niño recorrió la casa con una mezcla de curiosidad, excitación y desconfianza, como un explorador que se interna en la selva virgen por primera vez. Tal y como Marcus había asegurado, era enorme, aunque por dentro también parecía bastante vieja y sombría. El aire era denso y húmedo, con un olor a rancio y moho que un fuerte perfume a naftalina no conseguía enmascarar. En la primera planta estaba el salón, la biblioteca, la cocina y un aseo; en la segunda, tres habitaciones y dos baños; y en la tercera, un enorme y prometedor desván, por el que Charlie apenas tuvo tiempo de curiosear. Todas las habitaciones tenían las paredes forradas de tela en colores granate, mostaza o verde aceituna con grandes dibujos en relieve y viejas marcas de humedad. Todas ellas estaban abarrotadas de muebles de una madera muy oscura y objetos que, a pesar de aparentar ser buenos e incluso antiguos, parecían sacados de una película de Sherlock Holmes y no iban en absoluto con el estilo de su madre. Estaba claro: a Maggie no le gustaba el modo en el que le habían decorado la casa. Ella prefería los sitios bonitos y elegantes, luminosos y con pocos muebles, siempre de colores claros o blancos. Aquella debía ser la causa de su enfado.

Antes de que alguien pudiese echarle de menos, Charlie salió sigilosamente a la calle para comprobar cómo seguían las cosas. Empezaba a tener hambre y, aunque no le disgustaba la idea de acabar en un Mc Donald's, parecía ser el único en darse cuenta de que casi era la hora de comer.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó acercándose a Marcus, que seguía paseando de un lado a otro de la acera mientras hablaba nerviosamente por su teléfono móvil.

—Espera un momento —respondió su padre tapando el micrófono con la mano.

El camión de mudanzas ya no estaba, pero nadie parecía haber reparado en ello. Lisa escuchaba música sentada en la parte trasera del coche con los auriculares puestos. Charlie se acercó a ella y tiró con suavidad de uno de ellos ante la cara de enojo de su hermana.

—¿Dónde está el camión? —inquirió el niño.

—Se ha marchado —respondió ella con desgana—. Volverá esta tarde, si es que nos quedamos en esta casa. Claro, que no sé dónde van a dejar nuestras cosas si está toda llena de muebles. A lo mejor con todo este lío compran la casa de enfrente y devuelven ésta.

Charlie se sentó junto a su hermana y se metió el auricular en una oreja. La música era bastante buena y, estaba tan a gusto, que no sintió que se quedaba profundamente dormido.

...

Cuando Charlie se despertó, se encontró tumbado de lado sobre un sofá de piel marrón oscuro de la biblioteca, respirando aquel peculiar olor a aire encerrado y naftalina. Se sentía atontado, un poco confuso y bastante acalorado. De un manotazo apartó el abrigo con el que su padre le había arropado y se incorporó despacio, despegando el mofolete sudoroso del cuero.

Su mirada recorrió toda la estancia mientras iba recobrando el pulso. En todas las paredes había estanterías repletas de libros desde el suelo hasta el techo, así que, si el camión de mudanzas no volvía, al menos su padre tendría con qué consolarse.

El sofá estaba a un lado de la habitación, delante de uno de los estantes. Tenía botones forrados cosidos por todo el respaldo formando pequeños hoyuelos y estaba tan viejo, que la piel se veía agrietada y arañada por todas partes. Seguro que si saltaba sobre él, nadie le regañaría.

En el lado izquierdo, una gran puerta de cristal con un curioso escudo familiar en el centro comunicaba con el jardín. Justo delante del ventanal había un escritorio bastante grande lleno de cajoncitos, ideal para guardar algunas de sus cosas.

Aquel sitio no estaba mal, si no fuera por los retratos de dos viejos señores que le miraban desde la pared con gesto severo y áspero. Charlie les observó unos instantes, primero a uno y luego al otro, y no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda desde la nuca hasta la rabadilla. A pesar de tratarse de dos simples cuadros, su mirada era tan punzante que parecía que esos hombres eran de carne y hueso.

“Horatio Conwell” y *“Solomon Conwell”* leyó en unas diminutas placas que había adosada al pie de cada óleo mientras intentaba dilucidar cuál de los dos resultaba más antipático. “Diablos, ni que yo tuviera la culpa de que os hayan dejado aquí colgados.”

Entonces se levantó de un salto y se sonrió al pensar que a esos dos cascarrabias les habían dejado realmente colgados, abandonados en aquella vieja casona. Aquellos cuadros no le gustarían nada a su madre, así que ya se encargaría ella de remediarlo.

Luego abrió la pesada puerta de madera y salió en busca de algo que comer, sintiendo aún las miradas de aquellos horribles vejstorios clavadas en su nuca.

...

Las cosas habían evolucionado bastante durante su siesta. Los operarios de la mudanza estaban de regreso y se afanaban en meter el contenido del camión dentro de una de las habitaciones de la vivienda. Parecía que las únicas casas elegantes de las que Lisa podría disfrutar serían las de sus vecinos, si es que conseguía que alguno de ellos la invitase alguna vez a merendar.

—Hola, papá —saludó acercándose a Marcus—. ¿Nos quedamos?

—Sí, cariño. Nos quedamos con todo. Con la casa, la biblioteca y los muebles. ¡Una verdadera ganga!

—¿Mamá ya no está enfadada? —quiso asegurarse Charlie antes de ir en su busca.

—Un poco. Esto va a ser un lío hasta que pongamos la casa en marcha, pero ya verás cómo se le pasa.

Estaba claro, su madre seguía enfadada. Mejor sería dejarla tranquila hasta que hubiera pasado el peligro.

—Papá, tengo hambre. ¿Puedo comer algo? —preguntó el niño.

—Tienes unos refrescos y unos sándwiches en la cocina. Coge lo que quieras.

Charlie se acomodó en la mesa de la cocina y empezó a comer con voracidad los bocadillos que sus padres le dejaron reservados, mientras veía a los tres operarios de la empresa de mudanzas meter todos los bultos y cajas de la familia en su nuevo hogar.

...

Tras el consejo de dirección de Aurum, Max debía asistir a otro importante encuentro aquel día. Una reunión secreta de gran importancia, de la que sólo unos pocos hombres en la Tierra tenían noticia: la reunión mensual de la Orden de los Caballeros del Tiempo.

Max se arregló siguiendo la estricta etiqueta que marcaba la ocasión y se apresuró para viajar hasta la sede de la Orden y residencia de Emanuel Gentile, su gran maestro: una antigua y discreta villa situada a las afueras de Roma.

Llegaba con bastante anticipación para entrevistarse a solas con el señor Gentile y ponerle al tanto de lo acontecido en las últimas veinticuatro horas. Max también quería estar presente cuando los demás caballeros llegasen allí,

para estudiar sus reacciones cuando le vieran e intentar detectar quién pudo agredirle la pasada noche.

—Me alegro de verte —le saludó Emanuel Gentile dándole un caluroso abrazo, un gesto que sólo se permitía cuando ambos estaban a solas.

Max le sonrió con gesto grave y, mientras daban un largo paseo por el jardín, le relató a su anfitrión lo sucedido. El gran maestro le escuchó sin interrumpirle en ningún momento. Cuando Max hubo terminado, permaneció aún unos minutos en silencio, caminado a su lado.

—Lo sucedido es terrible —dijo por fin.

Max asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Me temo que no nos queda mucho tiempo —prosiguió el anciano—. Pronto debo nombrar un sucesor y mi decisión debe ser ratificada por el gran consejo. Son tiempos convulsos y cada vez me resulta más difícil imponer mi criterio sin tener que hacer frente a una fuerte oposición.

Max permaneció en silencio. Sabía que la posición del señor Gentile se había debilitado considerablemente en los últimos tiempos. Las familias rivales que ansiaban sucederle habían ido ganando apoyos en el seno de la Orden y del gran consejo, comprando favores y corrompiendo a algunos de sus miembros. Pero Max no lo mencionó en ningún momento. Su amigo y mentor no necesitaba oír que su debilidad era cada vez más evidente a los ojos de los demás.

—Apenas confío en un puñado de hombres, y sólo a ti desearía nombrarte mi sucesor. Pero sé que si te propongo me encontraré una férrea resistencia, hasta el punto de que quizás no pueda vencerla. Por ello, es preciso dilatar el proceso sucesorio tanto como sea posible.

—Lo entiendo —respondió Max—. Y agradezco tu confianza.

—Mientras tanto, has de convertirte en el mejor candidato de todos, alguien con quien nadie pudiera competir, un caballero al que ningún otro pudiera hacer sombra. Posees todas las cualidades que un gran maestro requiere: inteligencia, virtud, templanza, valentía, diplomacia, discreción... Pero otros caballeros tienen mayor rango que tú. Y es imprescindible que consigas mejorar tu situación.

Max sabía que su amigo no pretendía reprocharle lo sucedido, aunque no pudo evitar sentirse avergonzado.

—Y debes darte prisa, hijo. Me empiezan a fallar las fuerzas. Estoy cansado y no querría irme de este mundo sin saber que dejo el destino de la Humanidad en buenas manos.

...

Al caer la noche los Wilford se tomaron un respiro para cenar juntos. Maggie improvisó unos succulentos *spaghetti* con tomate, e incluso se las apañó para encontrar las cajas en las que estaban sus platos y cubiertos para servir la cena en ellos.

—No pienso comer con la vajilla ni con los cubiertos de unos desconocidos —la oyó decir entre gruñidos Charlie—. Me siento como una ‘okupa’ en mi propia casa.

Una reacción extraña, pensó Charlie, si se tenía en cuenta que todas las cosas que allí había y que estaban utilizando, eran de esos mismos desconocidos. Pero las madres suelen tener reacciones incomprensibles la mayor parte del tiempo.

—Mamá —se atrevió a preguntar—, ¿qué vamos a hacer ahora con todas estas cosas? ¿Las vamos a tirar?

—¡De ninguna manera, cariño! —contestó Maggie con cara de sorpresa—. Muchas de ellas son auténticos tesoros y supongo que es una suerte que nos las podamos quedar. Pero el hombre que nos vendió la casa debió de habérselas llevado. Es lo que acordamos.

—¿Y qué vamos a hacer con nuestras cosas? —añadió Lisa—. A mí me gustan más que todas éstas tan viejas.

—Esperaremos a que mañana llegue un documento en el que el antiguo propietario declara que renuncia a todas ellas y que todo lo que contiene la casa pasa a ser propiedad nuestra —explicó su madre—. Con ello seremos los dueños legítimos de todo lo que hay aquí y entonces podremos decidir si nos quedamos con todo, o si vendemos o tiramos algo.

—¿Quieres decir que nos quedamos con todo por el mismo precio? —preguntó Charlie.

—Sí, cariño —respondió Marcus—. Todo por el mismo precio.

—¡Menudo chollo! —exclamó el niño—. Aquí hay cosas tan viejas que incluso pueden ser antiguas. Ese tío es bobo.

—Ese tío es un caradura —afirmó Maggie—. Debió dejar la casa vacía, pintada y limpia; y por su culpa tardaremos mucho más en instalarnos. Además, es un desalmado. Ha abandonado aquí todas las pertenencias de su padre y de su abuelo, el gran Horatio Conwell, sin importarle lo más mínimo que queden en manos de unos extraños. ¡Se ve que lo único que le preocupa es el dinero y no ha querido gastarse un solo penique para salvaguardar la memoria de su familia!

Charlie reparó en que su madre parecía admirar al tal Horatio. Por lo visto, aquellos viejos carcamales de la biblioteca no parecían disgustarle tanto, después de todo.

...

A pesar de todas las vidas que había segado, Max Wellington nunca tuvo problemas de conciencia. No se consideraba a sí mismo un asesino implacable ni un ser despiadado: él era un distinguido miembro de la Orden de los Caballeros del Tiempo, descendiente directo de uno de los hombres elegidos por el mismísimo príncipe Olwelin y un firme candidato para convertirse en el próximo gran maestro.

Al igual que hicieran sus antepasados, Max se debía por completo a la Orden y a su sagrada misión de proteger y custodiar los objetos mágicos que el príncipe había creado. Los caballeros debían proteger a la humanidad de sí misma, de su naturaleza débil y egocéntrica; y aquellos objetos poseían un poder tan grande que sólo podría desencadenar los anhelos más perversos y las debilidades más ruines de cualquier hombre, incluso del más recto. Por eso, sólo debían estar en manos de individuos especialmente educados para la sagrada tarea de custodiarlos, siguiendo el rígido código de la Orden y sometidos al voto de total obediencia a su gran maestro y al gran consejo que la gobernaban.

El cumplimiento de esta noble tarea era la razón de ser de todo caballero, no importaba el precio que hubiese que pagar ni que para ello fuera preciso violar leyes o cometer actos aparentemente repugnantes. Su misión estaba por encima de su familia, de sus intereses y de su propia vida.

Así había sido durante siglos y así debía seguir siendo.

CAPÍTULO III: Horatio Conwell

En pocas semanas Charlie vio cómo se iba dulcificando el aspecto oscuro y siniestro de su casa. Los Wilford contrataron a unos pintores que arrancaron las telas de las paredes y las pintaron de colores claros y luminosos. Algunos muebles fueron trasladados al desván hasta que se decidiera lo que se iba a hacer con ellos y su lugar fue ocupado por otros más modernos y funcionales.

Maggie resultó ser una entendida en piezas únicas y antiguas, y decidió conservar muchos más muebles de los anteriores propietarios de los que a

Charlie le hubiese gustado. De todas formas, había que reconocer que su madre tenía especial talento para lograr que su casa fuera un lugar alegre y bonito en el que vivir.

Marcus se instaló sin dificultad en la biblioteca, que lamentablemente mantuvo intacto su aspecto original aunque con mayor concentración de libros por metro cuadrado. Incomprensiblemente, los retratos de los viejos gruñones permanecieron en el mismo sitio, como si sus padres hubieran decidido rendirles un ridículo tributo. Cada vez que Charlie entraba en la estancia, no podía evitar mirarles de reojo y sentir los mismos escalofríos que el primer día, especialmente cuando pasaba por delante del retrato del tal Horatio Conwell. Desde la pared, los dos carcamales le sonreían con gesto victorioso, sabedores de que ya no serían desterrados al desván, vigilando cada uno de sus movimientos, como si estuvieran dispuestos a regañarle en cualquier momento. Definitivamente, esos dos debían de haber sido un verdadero latazo, tanto, que al antiguo propietario de la casa no le quedaron ganas de llevarse nada que pudiese recordarle a ellos.

Por suerte, el desván se ajustó exactamente a lo que su padre le contó la noche anterior a la mudanza y no tardó en convertirse en el refugio personal de Charlie. Al principio la entrada le estaba vetada, hasta que se decidiera qué se iban a hacer con todos los trastos y muebles que estaban allí almacenados. Pero, según iba pasando el tiempo, la ingente tarea de clasificar lo que había guardado y pensar qué se hacía con ello, se convirtió en una obligación difusa y poco apremiante para la que nunca se encontraba el momento adecuado.

Así que los padres de Charlie terminaron por permitirle que entrara y campase a sus anchas sin mayor problema, a lo sumo con alguna vaga advertencia de que tuviera cuidado más tranquilizadora para quien la formulaba que para quien la escuchaba.

Aquel lugar olvidado tenía todo lo que un niño de once años podía soñar: viejos muebles repletos de objetos raros y de épocas pasadas, un gran armario lleno de ropa ajada por el tiempo, libros metidos en cajas de madera, baratijas, cartas, mapas antiguos e incluso un globo terráqueo con fronteras y países que dejaron de existir mucho tiempo atrás.

Pero, lo mejor de todo, es que él era el rey absoluto de aquel lugar y que ningún otro miembro de la familia parecía tener el más mínimo interés en husmear entre todas aquellas cosas. En poco tiempo, incluso, se montó su propio despacho en un viejo escritorio abandonado, muy parecido al que su padre tenía en la biblioteca, pero adornado con un bloque frontal con cajones en cuya base había una pequeña esfinge alada.

Al ver que Charlie pasaba cada vez más tiempo en el desván y que se había montado su propio rincón, Maggie hizo un intento de organizarlo y adecentarlo un poco, pero el niño consiguió disuadirla con ayuda de su padre.

—Vamos, Maggie. Si lo ordenas a tu manera, le quitarás todo el encanto — le dijo Marcus asiéndola del brazo para sacarla de la estancia.

Una lluviosa tarde de otoño, Charlie se afanaba en reunir sus cromos que andaban desperdigados por los numerosos cajones de su escritorio. Apenas había conseguido encontrar unos cuantos, así que se lanzó a mirar en los cajones que había en la parte más alta. Para poder ver bien qué había en el fondo de uno de ellos, se puso de puntillas y se inclinó hacia adelante, apoyando el peso de su cuerpo en la pequeña esfinge alada que había en la base.

De pronto, se escuchó un quejido sordo y la estatuilla cedió y se desprendió de su sitio, dejando una pequeña ranura a la vista.

“¡Ya la he fastidiado!”, pensó al ver el estropicio.

Estaba seguro de que su madre le regañaría por haber roto una antigüedad; en cuestión de muebles, no era una persona de fiar. Aunque aquella era una mesa vieja que sólo él usaba, seguramente ella la encontraría tan valiosa como el viejo sofá de la biblioteca o los retratos de los dos vejstorios.

El niño cogió la figurilla e intentó colocarla en su posición inicial, pero ésta se caía una y otra vez.

“¡Maldita sea!”

Tendría que bajar a por el tubo de pegamento que su padre guardaba en su mesa y en la que, sin ninguna duda, todavía estaría trabajando. Si se lo pedía o si le veía cogerlo, Marcus sabría inmediatamente que había roto algo, así que valía la pena hacer otro intento antes de ir a buscarlo.

De nuevo trató de encajar la esfinge, que le miraba sonriente con sus pequeñas alas de madera pegadas al cuerpo, y la apretó con todas sus fuerzas contra la ranura. Pero la estatuilla volvió a caerse.

Intentando no desanimarse, acercó la lámpara que había sobre el escritorio a la abertura para comprobar si había algo que la obstruía y descubrió una minúscula pieza rectangular de madera dentro de ella. Con determinación, metió el dedo e intentó sacarla, sin conseguir moverla. Entonces la empujó hacia abajo como si fuera la tecla de un piano, cuando un chasquido fuerte y seco estuvo a punto de provocarle un ataque al corazón.

...

Desconcertado, Charlie contempló el pequeño hueco negro que tenía ante sí, sin terminar de creer lo que acababa de ocurrir. La pequeña pieza de madera que había pulsado unos instantes antes era, en realidad, un resorte para abrir una compuerta secreta en el frontal de su escritorio.

Sentía que las pupilas de sus ojos estaban completamente dilatadas y que el corazón le golpeaba el pecho velozmente. Aquello era lo más emocionante que le había pasado desde que estaba en esa casa.

Lentamente acercó un dedo a la abertura y tiró del panel hacia fuera, dejando a la vista un pequeño compartimento con un sobre oculto en su interior.

—¡Ahí va, mi madre! —exclamó excitado—. ¡Un escondite secreto!

Con cuidado alargó la mano y extrajo el sobre, acercándolo a la luz para inspeccionarlo con detenimiento. Era de papel del bueno, como el que sus abuelos solían usar. El color blanco original se había amarilleado por el paso del tiempo y estaba precintado con un sello de lacre en el que había grabado el dibujo de un reloj de arena. En el dorso del sobre había una frase manuscrita con una caligrafía de estilo elegante y antiguo, que le recordó a la letra de su abuela Louise.

—“*Et modo quae fuerat somnium, facta via est*” —leyó en voz alta—. ¡¿Latín?! ¡Pues sí que empezamos bien!

Charlie sostuvo la carta con ambas manos, sopesando por un momento si debía abrirla o no. El hecho de que alguien se tomara tantas molestias en esconderla la hacía tremendamente interesante y tentadora, pero la cita en latín le confundía. ¿Y si se la cargaba por abrir una carta para que luego estuviera todo en latín? El niño la levantó y la acercó a la lámpara, intentando vislumbrar lo que había en su interior.

—No se ve nada. No sé por qué les gustará tanto usar este papel —dijo en alusión a todos los adultos en general.

Entonces recordó que en su escritorio escondía una pequeña cuchilla con la que podría despegar el sello de lacre con cuidado, sin que se rasgara el papel, de modo que luego podría volver a pegarlo sin que se notara. Y sino, podría llevarse la carta al cole y tirarla en alguna papelería cuidando que nadie le viera. En especial la cotilla de Lisa.

—Asunto arreglado —sentenció, mientras sacaba la cuchilla y realizaba la operación con precisión.

Una vez abierto el sobre, extrajo un papel que, por fortuna, estaba escrito en inglés. El niño lo leyó en voz alta:

“En el ocaso de mi vida, escribo estas líneas para legaros a vosotros — mis descendientes—, mis posesiones más queridas.

De todas ellas, sin duda, la más valiosa es el nombre de mis antepasados, que recibí de mi padre sin mácula y sin mácula deo, confiado en que sabréis preservarlo del mismo modo y que haréis uso de él con el orgullo y decoro debidos.

La búsqueda permanente del conocimiento y de la verdad siempre han sido atributos propios de nuestra familia, así como el valor necesario para perseguir ambos en cualquier circunstancia. Ello nos ha reportado momentos de alegría y de aflicción pero, sobre todo, una sólida y merecida reputación de personas honorables. Disfrutad también de ella y mantenedla intacta, para que los que os siguen la aprecien y la disfruten de igual manera.

He dejado dispuesto que el grueso de mi fortuna y mis propiedades queden en la familia, siendo esta casa la más querida de todas. Conservadla siempre ligada a los Conwell, así como el grandioso tesoro que oculta. Su apariencia es sencilla pero su valor es incalculable, pues os permitirá vivir mil vidas en una, protagonizar aventuras imposibles y ampliar inmensamente vuestros conocimientos.

Sé que estaréis a la altura para hallarlo y, cuando lo hagáis, sabed que seréis sus dueños legítimos y vitalicios. No obstante, debéis entender que su valor es tan extraordinario que muchos querrán arrebatároslo, seréis objeto de envidias y no estará exento de peligros ni responsabilidades. Es por ello que no debéis confiar en nadie; sino que deberéis disfrutarlo en total secreto y con absoluta discreción, haciéndolo siempre de forma honorable y moral, tal y como corresponde en un miembro de nuestra familia.

Seguid, pues, adelante y demostrad que sois dignos miembros de ella.

Os deseo suerte y fortuna,

Horatio Conwell”

—¡Demonios, un tesoro! —exclamó Charlie estupefacto—. ¿Estará hablando en serio?

Charlie reparó que la carta estaba firmada por el viejo del retrato que había en la biblioteca y fechada el 9 de septiembre de 1969. Luego releyó los últimos párrafos y comprobó que, a pesar de lo rebuscada que era, había entendido la misiva perfectamente. Hablaba de un tesoro, de un tesoro extraordinariamente valioso para ser exactos. Tardó unos segundos en tranquilizarse y en empezar a preguntarse cómo podría encontrarlo, cuando vio que junto a la carta había una segunda hoja con unos versos en latín que leyó con bastante dificultad.

—¡Latín! ¡Qué tío tan pesado!— exclamó moviendo la cabeza con disgusto—. Con lo fácil que hubiera sido meter un mapa...

En ese momento oyó la voz de su madre llamándole para que bajara a cenar.

—¡Ya voooooy!— contestó el niño.

Tomó de nuevo el sobre para guardar la carta y, al hacerlo, vio que en su interior había quedado una llave de metal oscurecida por el tiempo, de unos ocho centímetros de largo y con un elaborado motivo vegetal en la cabeza. Junto a ella encontró un anillo ancho de plata, con tres ondas grabadas en su superficie. El niño sacó ambos objetos y los acercó a la luz para verlos con mayor detenimiento.

Maggie le llamó otra vez, pero esta vez el tono de su voz sonaba algo menos amistoso. Charlie sabía que debía recoger y bajar cuanto antes, o ella subiría a buscarle.

—¡Ahora mismo bajo! —gritó.

A toda prisa metió todo en el sobre y lo guardó en el interior del compartimiento secreto. Luego arrancó un trozo de hoja de uno de sus cuadernos, la dobló cuanto pudo y la metió a presión junto a la esfinge en la ranura del escritorio. La figurita le miró con sonrisa cómplice, esta vez sin moverse de su sitio, como si todo aquello no hubiera sido más que una argucia para que Charlie descubriese su secreto.

El niño salió del cuarto y bajó las escaleras ruidosamente para que su madre supiera que estaba de camino. Mientras, en su cabeza, se sucedían las preguntas. ¿Por qué el tal Horatio se tomó tantas molestias para esconder una carta si quería que la encontrase su familia? ¿Por qué guardó dentro un anillo y una llave? ¿Qué clase de tesoro es sencillo en apariencia pero de valor incalculable? De pronto le asaltó la terrible idea de que el antiguo propietario lo hubiese encontrado ya. Sintió que un sudor frío se apoderaba de él y que el corazón se le aceleraba de nuevo.

Tal vez por eso vendió la casa y no se molestó en llevarse nada de lo que había en ella, pues ya tenía lo que necesitaba... Pero, si era así, ¿por qué

dejar allí la carta para que cualquiera pudiera encontrarla? Aquello no tenía mucho sentido y desde luego no le ayudaría a mantener en secreto la existencia del tesoro.

Tal vez el descendiente de Horatio no era tan listo como el viejo esperaba. Puede que sólo le importase el dinero y no todo ese rollo de la familia y el apellido. Así que, el muy bobo, les vendió la casa con todo lo que contenía dentro, sin saber que había perdido la ocasión de encontrar un tesoro.

Charlie se sintió más tranquilo. Tenía dos teorías y unos versos en latín que le ayudarían a comprobar cuál de ellas era la correcta. Siempre el dichoso latín.

...

Antes de sentarse a cenar, Charlie fue un momento a la biblioteca. Al pasar por delante del retrato de Horatio Conwell, el niño levantó tímidamente la mirada y tuvo la sensación de que el viejo parecía más enfadado que nunca.

—Me parece que he encontrado tu secretito —dijo en voz baja.

—¿Cómo dices? —le preguntó Marcus, que aún seguía trabajando en su escritorio.

—Nada, papá, te preguntaba si sabes si hay por aquí un diccionario de latín que sea facilito.

—Desde luego, hay varios. ¿Para qué lo quieres?

—¿Eh?, bueno —contestó el niño un tanto confuso. Estaba tan excitado con todo aquello, que había olvidado preparar una excusa—. Es para el cole, quería buscar la frase esa que dijo César cuando se fue al Malecón.

—Charlie, el Malecón es una zona de La Habana. Aquella frase la pronunció César cuando cruzó el río Rubicón. Me parece que vas a tener que decirle a mamá que te cuente la historia de nuevo —respondió su padre, mientras apoyaba su mano en el hombro de su hijo y le conducía con suavidad hasta la cocina.

Justo antes de salir de la estancia, Charlie sintió la necesidad de girarse un momento para volver a mirar el cuadro del carcamal y le pareció que esta vez el hombre le sonreía con aire de recochineo.

...

Maggie era una excelente narradora de historias. Cuando los niños eran pequeños empezó a relatarles los cuentos clásicos con los que ella, como tantas otras personas, se había criado. Como no los recordaba con demasiado detalle, adquirió un par de libros con los relatos más populares como "*Caperucita Roja*", "*Hänsel y Gretel*" o "*Pulgarcito*". Pero, al leérselos a sus

hijos a la hora de la cena o justo antes de dormir, no fue capaz de hacerlo literalmente.

—¡Dios Santo, Marcus! —exclamaba horrorizada—. ¡Estos cuentos son una barbaridad! Yo no recordaba lo crueles que podían llegar a ser. ¡Cómo voy a contarles que Caperucita y su abuela le abren la barriga al pobre lobo mientras duerme para meterle piedras! ¡O ese en que el padre abandona a sus propios hijos en el bosque porque comen mucho!

Así que Maggie decidió sustituir los cuentos clásicos por otro tipo de historias, a su entender mucho más instructivas. Historias de héroes y villanos, de conquistadores y conquistados, de valientes guerreros que luchaban contra malvados tiranos, de épocas y lugares lejanos. Personajes de ficción como Caperucita, los Tres Cerditos o el Gato con Botas fueron reemplazados por otros reales, como Cleopatra y Marco Antonio, Julio César, Napoleón Bonaparte, el almirante Nelson, Shackelton, *madame* Curie o Alejandro Magno. Todos ellos se mezclaban en una amalgama de épocas, nombres y lugares que Maggie intentaba ordenar con la ayuda de un mapamundi situado frente a la mesa de la cocina.

—Querida —dijo Marcus mientras cenaban aquella noche—, creo que Charlie quiere que le cuentes la historia de Julio César.

—Bueno —explicó Charlie—, en realidad preferiría oír la historia de esta casa. Llevamos meses viviendo aquí y no sabemos nada de ella.

—Pero creí que querías escuchar la otra para contarla mañana en clase —repuso Marcus.

—Da igual, papá, ya lo miraré en los libros de la biblioteca. Siempre dices que tenemos que aprender a buscar en los libros. Y la otra la hemos oído muchas veces —contestó el niño.

—Sí —añadió Lisa—. Cuenta la historia de la casa, mamá. Por una vez Charlie y yo estamos de acuerdo en algo.

—Bueno, sólo sé algunos detalles acerca de ella —dijo Maggie—. Un prometedor arquitecto, llamado Edmund J. Jones, la construyó en 1905 para su esposa. Por desgracia, ella murió al dar a luz a su primer hijo, así que el señor Jones quedó totalmente abatido y nunca quiso habitar la casa. Durante años permaneció vacía, en un estado de total abandono, hasta que en 1925 fue adquirida por Horatio Conwell.

Charlie dio un respingo nada más oír el nombre. Era el viejo del cuadro y el autor de la carta que había encontrado en el desván. Maggie le miró sorprendida unos instantes y luego prosiguió su relato.

—Horatio Conwell era un prestigioso profesor de Historia Antigua de Oxford pero, al morir su padre, tuvo que abandonar la docencia y trasladarse a Londres para hacerse cargo de los negocios familiares. Fue un hombre de gran talento también para estos asuntos, así que hizo una gran fortuna sin perder su reputación de caballero y hombre honorable.

»Pero su verdadera vocación era el mundo académico, del que nunca se desligó completamente, por lo que siempre recibió el trato de '*Profesor*' y gozó de un gran reconocimiento. Fue un miembro destacado de la Academia Británica y un estrecho colaborador y mecenas del Museo Británico.

»Cuando murió Horatio, su hijo Solomon heredó esta casa. Solomon, al igual que su padre, estudió Historia y Arqueología en Oxford. También estuvo vinculado al museo, pues trabajó en él toda su vida y fue el último conservador jefe de la Biblioteca Británica antes de que ésta se trasladara al nuevo edificio de St. Pancras.

»Sin embargo, Solomon era un hombre bastante reservado e introvertido, y con mucha menos capacidad para los negocios que su padre, así que la enorme fortuna familiar fue diezmando con los años. Solomon tuvo un hijo, Maurizio, que es quien nos vendió la casa».

—¿Y también tiene que ver con el museo? —preguntó Charlie.

—¡Oh, no! —respondió Maggie—. A diferencia de su abuelo y de su padre, Maurizio nunca ha sido un hombre brillante en ningún aspecto y ha tenido sonados fracasos empresariales. Por lo que sé, sus padres se divorciaron y su madre se lo llevó consigo a vivir en la Costa Azul, donde lo educó en un ambiente de lujo y despilfarro. Sus padres apenas se hablaban, así que Maurizio casi no tenía relación con la familia Conwell. Según se dice, de ella sólo le importaba el dinero y de hecho, sólo vino a Londres para la lectura del testamento de su padre, el pobre Solomon, pero ni siquiera asistió a su entierro.

»Últimamente su situación económica se había vuelto insostenible y, para hacer frente a todas sus deudas, Maurizio se vio obligado a malvender todas sus posesiones en Inglaterra. Esta casa era una de ellas y, a pesar de que su padre manifestó en el testamento su deseo de que siempre fuera propiedad de la familia Conwell, el muy desalmado hizo oídos sordos y la puso a la venta».

—Y ahí es donde aparecemos nosotros y se la compramos a precio de ganga —apostilló Charlie.

—Exacto —contestó su madre—. Pero ni siquiera entonces vino a firmar el contrato, ni a comprobar si en la casa había algún objeto o algún recuerdo familiar que pudiera interesarle.

Charlie trató de contener una gran sonrisa al escuchar a su madre. La segunda teoría parecía confirmarse y el tal Maurizio empezaba a parecer un necio que les vendió la casa sin sospechar que ocultaba un valioso tesoro.

—¿Y por qué sabes tanto acerca de los Conwell? —preguntó Lisa con tono inquisitivo.

—Verás, cariño. Los Conwell han sido personas muy importantes y conocidas en el museo. De hecho, fue una colega mía, la señora Rotherwick, la que me avisó de la oportunidad que había para comprar la casa y quien me contó la historia de la familia.

Aquella noche Charlie recogió y se acostó con una rapidez inusual. Estaba bastante cansado, pero sobre todo necesitaba meditar sobre la carta del profesor y la historia que su madre les contó durante la cena. Ya en la cama, repasó ambas mentalmente, intentando grabar en su cabeza hasta el más mínimo detalle; y al hacerlo, sintió que una enorme excitación se apoderaba de él.

Posiblemente, muy posiblemente, estaba a punto de hacer un gran descubrimiento, al igual que los personajes de las fantásticas historias que su madre les solía contar.

. . .

Tras la muerte de su joven esposa, el profesor Horatio Conwell jamás volvió a ser el mismo. Temiendo que jamás recuperaría la ilusión por vivir, Sir Robert Ashworth, su mentor y más íntimo amigo, intentó ayudarlo atacando la única debilidad que Horatio Conwell tenía: su amor por la Arqueología.

Después de meses de tozuda insistencia, Sir Robert consiguió que el profesor aceptase supervisar los trabajos de reconstrucción de una antigua abadía cisterciense situada en una de sus propiedades de Gales. De hecho, durante años el propio Horatio había reprochado a su buen amigo que no hiciera nada por evitar el estado de total abandono en el que se encontraba el pequeño monasterio.

Horatio se trasladó allí provisionalmente y contrató a seis hombres recios y fornidos para que le ayudaran a realizar las labores de limpieza y desescombro. Ninguno de ellos tenía conocimientos de arqueología, así que el profesor supervisaba todos sus movimientos y les dirigía pacientemente para que la recuperación y clasificación de los restos de la edificación se hiciera con el mayor rigor posible.

Una calurosa tarde de verano, cuando estaban realizando tareas para apuntalar los cimientos de la edificación, uno de los trabajadores golpeó con la pala un objeto enterrado a gran profundidad junto a uno de los muros. En un

principio pensó que se trataba de una piedra, pero el sonido sordo y metálico que escuchó le hizo sospechar que se trataba de algo más. Intrigado, se agachó y apartó la gruesa arena con las manos, hasta que sintió que tocaba algo frío y suave.

Sin desvelar a los demás su descubrimiento y prácticamente a oscuras, siguió excavando con las manos hasta desenterrar la cubierta de lo que parecía ser un cofre. Antes de proseguir, miró hacia arriba para asegurarse de que nadie le había visto. Intentado controlar sus nervios, metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó una caja de cerrillas. Una vez más, se asomó para comprobar que no había nadie cerca. Si se trataba de algo valioso, lo volvería a cubrir y regresaría al abrigo de la noche para llevárselo sin que nadie supiera lo que había encontrado.

Como si temiera hacer cualquier ruido que pudiera delatarlo, encendió una cerrilla con tanto sigilo como pudo y se agachó para mirar de cerca su hallazgo. Efectivamente, era un cofre de metal con dos sencillas nervaduras y un reloj de arena en su cubierta. Aquel dibujo era demasiado sencillo para tratarse del escudo de alguna familia adinerada, pero quizás el cofre guardase algo valioso que pudiera vender a algún comerciante de objetos raros o antiguos.

El calor de la llama en sus dedos interrumpió sus pensamientos. El hombre apagó la cerilla y encendió una más para volver a ver el cofre antes de ocultarlo.

Entonces una voz a su espalda dio al traste con sus planes.

—¿Ha encontrado algo, señor Evans?

Antes de que el hombre pudiera contestar la luz de la linterna del profesor Horatio inundó todo el agujero, iluminando el cofre semienterrado.

—Eso parece, profesor —respondió Evans, contrariado y sin poder imaginar la excepcional oportunidad que se le acababa de escapar de las manos.

—¡Buen trabajo! —le felicitó el profesor observando el cofre desde lo alto. Luego se giró hacia donde estaban los demás hombres para pedir refuerzos—. ¡Caballeros, vengan aquí! ¡Parece que hemos encontrado un pequeño tesoro!

Los demás hombres corrieron hacia el agujero excavado y se arremolinaron en torno a él, intentando ver de qué se trataba. Uno de ellos saltó ágilmente en su interior para ayudar a Evans, que aún maldecía su suerte.

En pocos minutos los dos hombres sacaban el objeto de la tierra y lo dejaban en la superficie, a la luz del sol.

Horatio se acercó y lo observó detenidamente. Se trataba de un cofre metálico, de color negro y tamaño mediano, adornado únicamente por dos finas

nervaduras que lo recorrían de lado a lado y un sencillo reloj de arena situado justo encima de la cerradura.

Tal y como que había supuesto Evans, el profesor Horatio sabía que aquel símbolo era demasiado simple para pertenecer a algún escudo familiar. Además, y lo que resultaba más intrigante, el reloj de arena no era un elemento habitual en la simbología cisterciense; no guardaba ninguna relación aparente con los monjes que pudieron habitar aquel pequeño monasterio. Por añadidura, el reloj del cofre tenía la peculiaridad de que la arena no caía de arriba a abajo sino que fluía en sentido inverso, lo que sin duda alguna guardaba algún tipo de significado. El profesor también reparó que, quienquiera que hubiese enterrado aquel cofre, parecía haberse tomado muchas molestias en que no fuera encontrado fácilmente. Quizás porque lo que guardaba en su interior no debía estar en manos de unos monjes dedicados a la oración y a la vida piadosa.

Con un movimiento rápido, Evans tomó la pala y propinó un golpe seco que hizo saltar el cierre al instante. Aunque ya no podría quedarse con él, al menos necesitaba confirmar si el cofre contenía algún objeto valioso que le hubiese cambiado la vida.

Todos los hombres dieron un paso adelante para no perderse ningún detalle. Pero, justo cuando Evans se disponía a abrirlo, Horatio le agarró el brazo firmemente para que se detuviera.

—Créanme, caballeros —dijo—. Siento la misma curiosidad que todos ustedes por saber qué hay aquí dentro. Pero este cofre se ha encontrado en las propiedades de Sir Robert Ashworth y sólo a él le corresponde el privilegio de averiguarlo.

. . .

A la mañana siguiente Charlie se levantó de un salto, se vistió y desayunó a toda velocidad sin que nadie tuviera que pedirle que se arreglara ni una sola vez. Un hecho totalmente inaudito que sorprendió a todos los miembros de su familia.

Mientras estos terminaban de vestirse, el niño se metió a hurtadillas en la biblioteca y cogió un pequeño diccionario de latín. A su regreso de la escuela, lo utilizaría para intentar traducir los versos que encontró junto a la misiva del profesor Horatio.

Según les había explicado su madre la noche anterior, el viejo Horatio dejó testamento al morir, así que estaba claro que aquella carta no eran sus últimas voluntades, sino un mensaje secreto para sus descendientes en el que desvelaba que les había dejado un importante tesoro. Por algún motivo, el profesor no parecía fiarse de su hijo y mucho menos del caradura de su nieto,

así que estaba claro que había decidido ocultarla hasta que la encontrara otro miembro de la familia que fuese un poco más espabilado. Con lo que el pobre profesor no contaba era con que la casa pasara a manos de otra familia aunque, por suerte, sus miembros eran gente realmente lista, tenían prestigio y un buen nombre.

Charlie guardó el diccionario en su mochila y salió de la biblioteca con tanto sigilo como había entrado. Al pasar por delante del retrato del viejo Horatio, lo hizo con paso solemne y poniendo buen cuidado en no mirarle, no fuera a encontrar una mirada de reproche en sus ojos.

. . .

En cuanto regresó de la escuela, Charlie merendó a toda prisa y se atrincheró, diccionario de latín en mano, en el desván. Con gran paciencia y mayor dificultad fue buscando una a una las palabras que formaban la frase del sobre y los versos que había escrito el profesor Conwell.

Intentando aplicar un método riguroso y científico, reescribió todo en un papel, poniendo en inglés las palabras que iba encontrando, y en latín las que no conseguía hallar en el diccionario. Tal vez todo el conjunto tendría algún sentido, una vez terminado.

Al cabo de una hora de tediosa búsqueda sólo había conseguido un denso dolor de cabeza y la traducción de unas pocas palabras. Bastante desmoralizado por el resultado, cogió el papel con las dos manos y lo leyó en silencio.

—¡Maldito latín! —exclamó dando un puñetazo en la mesa.

Intentando controlar su malhumor, volvió a leer las palabras garabateadas una vez más. No entendía absolutamente nada.

Aunque ese maldito Horatio era un viejo desconfiado y astuto, él era un niño con bastantes recursos, y no digamos si lo que estaba en juego era, ni más ni menos, que un tesoro. Así que no pensaba darse por vencido.

Para empezar, bajaría de nuevo a la biblioteca y se llevaría uno de los diccionarios gruesos que había visto. En la incursión matinal cogió el más pequeño para poder esconderlo en su mochila, pero había visto otros dos de mucho mayor tamaño en los que podría encontrar las palabras que le faltaban.

Decidido, ocultó todo y bajó a la biblioteca con sigilo. Lamentablemente, su padre estaba trabajando en su escritorio, como todas las tardes, y Lisa estudiaba sentada en el sofá de cuero. A ella parecía encantarle aquel lugar y pasaba en él incontables horas leyendo, haciendo sus deberes o estudiando;

en especial si su padre estaba también allí, lo que ocurría la mayor parte del tiempo.

Charlie se detuvo un momento delante de la puerta, sopesando si debía o no debía entrar. Si lo hacía, cualquiera de los dos podría verle coger el diccionario y eso llamaría inmediatamente su atención. Y, si le preguntaban, no podía volver a usar la excusa de la tarde anterior.

Otra posibilidad era esperar a que se fueran, pero entonces se haría tarde y tendría que bañarse e ir a cenar; así que no tendría oportunidad de traducir los versos. Y pretender pasar otra noche sabiendo que había un magnífico tesoro en algún rincón de la casa como si no pasara nada, era pedir demasiado.

Desde la puerta volvió a echar un vistazo para evaluar la situación. Tanto su padre como su hermana parecían absortos en sus tareas. Si él disimulaba rebuscando entre los libros de animales que estaban en la estantería contigua a la de los diccionarios, no le prestarían demasiada atención. Debía tener especial cuidado con Lisa, porque era la persona más cotilla y entrometida del planeta, y porque desde donde ella estaba sentada podía ver con claridad los libros que él iba a coger.

Charlie entró en la estancia y saludó intentando aparentar normalidad.

—¡Hola! —exclamó.

—Hola, cariño —respondió Marcus sin levantar la vista.

Lisa ni siquiera le contestó. Todo iba según lo previsto.

El niño se dirigió a la estantería de los libros de animales y hojeó un par de volúmenes: *“Mi primer libro de dinosaurios”* y *“La vida en la sabana africana”*. Antes de volver a colocarlos en su sitio miró de soslayo a sus acompañantes. Su padre escribía en su ordenador portátil y Lisa subrayaba en su cuaderno. Era el momento preciso. Con rapidez estiró el brazo y cogió uno de los diccionarios, colocándolo debajo del libro de la sabana africana. Era un diccionario muy grueso y bastante pesado, pero no el de mayor tamaño, que quedó en la estantería para no levantar las sospechas de su hermana.

Luego salió de la biblioteca sin decir nada y subió al desván. Debía darse prisa, pues pronto sería la hora del baño.

Después de un rato, Charlie concluyó con satisfacción que había merecido la pena correr el riesgo. No consiguió traducir todas las palabras que faltaban, pero sí encontrar o al menos deducir el significado de otras tantas, que mantuvo entre interrogaciones para indicar que no estaba totalmente seguro de lo que querían decir. Como buen investigador, debía aplicar el método científico con el mayor rigor posible.

Una vez hubo terminado, escondió los diccionarios para que nadie los viera y volvió a leer los versos, comprendiendo que sus esfuerzos no habían sido suficientes: aquello seguía sin tener ningún sentido.

Bastante contrariado por su fracaso, recordó la historia de la bombilla que su madre solía contarles cuando él o su hermana se rendían sin haber logrado su objetivo. Más de mil intentos fueron necesarios para encontrar un material capaz de resistir el paso de la electricidad y pudiese ser empleado en la fabricación del filamento incandescente. Alentado por la figura del gran Thomas Edison, Charlie decidió que él tampoco se rendiría; no sin intentar encontrar las palabras que faltaban en el diccionario de latín más grueso que aún permanecía en la biblioteca. Por la noche, cuando todos durmieran, bajaría a buscarlo sin peligro de ser visto.

Animado tras haber tomado aquella decisión, se dispuso a guardar los versos y la traducción para ocultar todo en el compartimento.

Entonces, al coger el sobre, se acordó de algo que, inexplicablemente, había pasado por alto.

. . .

Los jueves por la noche Horatio Conwell acudía a casa de Sir Robert Ashworth para cenar con su amigo, una costumbre que había mantenido invariable desde que el profesor se instaló a vivir en Londres y que sólo se vio alterada en muy contadas ocasiones. En cada visita, Horatio solía corresponder a su anfitrión con algún detalle exquisito como algún refinado chocolate belga, una caja de puros habanos o una botella de *cognac* francés.

Pero aquel jueves, el primero después del hallazgo en el monasterio, la sorpresa era un viejo cofre de color oscuro que el profesor dejó sobre la mesa de la biblioteca de Sir Robert.

A pesar de que el cierre estaba roto, Sir Robert no dudó de que su contenido estaría tal y como había sido encontrado. Horatio era el hombre más honesto que había conocido en toda su larga vida y jamás se apropiaría de algo que no le pertenecía.

Sin embargo, al ver que los ojos de su amigo chispeaban con una mezcla de satisfacción y curiosidad, Sir Robert se percató de que Horatio desconocía cuál era el contenido que aquel extraño cofre. Estaba claro que el bueno del profesor le había reservado todos los honores.

—¡Dios Santo, Horatio! ¡No me digas que no has comprobado qué hay ahí dentro!— exclamó con disgusto—. ¿Y si hay algún esqueleto? ¿O una alimaña?

—Me parece que tienes demasiada imaginación, Robert —respondió el profesor.

—Quién sabe...Tal vez se trate de una reliquia. Y, aunque sea de un santo importante, no quisiera toparme con una osamenta antes de la cena.

—No lo creo. Mira el reloj de arena que hay aquí, ningún santo guarda relación con este objeto.

—Ya sabes que sólo aprecio la Historia en los libros. Guarde lo que guarde en su interior, es tuyo —afirmó Sir Robert con contundencia.

Horatio sonrió al oír las palabras de su amigo. Esperaba una reacción parecida, pero no que Sir Robert no sintiera la menor curiosidad por saber qué había dentro del cofre.

—Quizás haya algo valioso ahí dentro— adujo.

—¡No me importa!— respondió Sir Robert negando con la cabeza—. Sea lo que sea, es tuyo. Y lo que es más: te agradecería que te lo llevaras esta misma noche y lo inspeccionases en tu casa. Ahora vayamos a cenar y olvidémonos de este asunto.

Horatio obedeció a su amigo y, aunque no pudo apartar el cofre de sus pensamientos durante el resto de la velada, en ningún momento mostró prisa o impaciencia por concluirla.

Sin embargo, en cuanto llegó a su casa, se encerró con llave en la biblioteca con el abrigo y el sombrero aún puestos y se dispuso a averiguar, por fin, qué contenía aquel misterioso cofre negro.

. . .

Charlie sacó la llave y el anillo del sobre. Acto seguido desdobló la hoja que contenía la traducción y la revisó nerviosamente.

Instantes después, una sonrisa de satisfacción ratificaba su corazonada: tal y como había intuido, la palabra “llave” estaba allí, en los versos del profesor Horatio. Estaba claro que aquellos versos eran pistas, pistas que le conducirían al tesoro, pistas que explicaban qué debía hacer con la llave y con el anillo que había encontrado dentro del sobre. Por eso el profesor los guardó juntos, porque todos ellos debían ser necesarios para hallar el tesoro.

Casi fuera de sí, volvió a coger el diccionario de latín y lo abrió sobre el escritorio. Pero esta vez lo hizo por el final, por la parte en la que las palabras se traducían del inglés al latín. Con el pulso acelerado buscó “anillo”.

—Anillo, anillo...Aquí está —dijo señalando la palabra con el dedo índice—. “Anillo: *anulus*”.

Luego cogió los versos en latín, intentado encontrar “*anulus*” en aquella marea de palabras sin sentido.

—¡No viene! ¿Por qué no viene? —preguntó contrariado.

Después tomó el anillo entre sus dedos, girándolo mientras observaba las ondas grabadas en su dorso.

— Y entonces, ¿qué haces dentro del sobre? —preguntó al pequeño objeto, sin dejar de mirarlo.

Charlie observó el anillo unos instantes más y lo introdujo en el dedo anular de su mano derecha. “El viejo debía tener unos dedos como longanizas”, pensó, porque el anillo le estaba muy grande. Luego cerró el diccionario, lo ocultó dentro del viejo armario que había en un rincón del desván y se sentó de nuevo en el escritorio. Con cuidado dobló la carta, la introdujo en el sobre y acto seguido se dispuso a quitarse el anillo para guardarlo junto a ella.

Entonces se quedó paralizado, sin poder dar crédito a lo que estaba viendo: el anillo había encogido hasta adaptarse al tamaño de su dedo. Bastante nervioso, trató de sacarlo una y otra vez sin conseguirlo.

Charlie dio un suspiro lento y profundo, e intentó tranquilizarse. Aquello estaba pasando realmente. Cuando se lo puso, el anillo era mucho más grande que su dedo; estaba completamente seguro. Y ahora era tan sólo un poco mayor. No le apretaba, pero no podía sacarlo. Con pocas esperanzas hizo un nuevo intento, mientras pensaba que al menos se lo había colocado en el dedo correcto.

En ese momento Marcus abrió la puerta y se asomó para decirle que debía bañarse.

—Sí, papá —respondió el niño sobresaltado, a la vez que ocultaba la mano bajo el escritorio.

Por suerte, su padre se marchó tan deprisa como había aparecido, sin darse cuenta de lo que estaba pasando.

Charlie trató de quitarse el anillo por última vez, sin lograrlo. Todavía un poco confuso, decidió guardar la carta y dejárselo puesto. Lo volvería a intentar en el baño, poniéndole un buen chorro de jabón para hacer que se deslizara suavemente.

No debía dejarse llevar por el pánico, tenía la situación bajo control.

...

Durante la cena, Charlie estuvo bastante callado. Había intentado quitarse el maldito anillo por todos los medios sin conseguirlo, hasta que el dedo se le

puso rojo. Sabía que tarde o temprano alguien repararía en él, aunque aquella noche se sentía bastante cansado para tener que dar explicaciones. Así que trató de mantenerlo oculto metiendo la mano debajo de la mesa detrás de cada cucharada, hasta que por fin llegó la temida pregunta.

—¿Y ese anillo tan feo? —preguntó la cotilla de Lisa.

—Lo he encontrado en el desván. Es mío —respondió Charlie con cara de pocos amigos.

—¡Qué morro! —protestó Lisa—. ¿Por qué te lo tienes que quedar tú?

Charlie se limitó a contestar mirando fijamente a su hermana y frunciendo el ceño.

—Déjale tranquilo, Lisa —dijo Maggie—. Tan sólo es una baratija. No veo por qué no puede quedárselo tu hermano si lo ha encontrado él.

—Bueno, me da igual —repuso Lisa con tono indiferente—. La verdad es que es feísimo. Pero la próxima cosa que me guste, me la quedaré yo.

Charlie le iba a responder, pero no le apetecía meterse en una discusión con su hermana. Así que siguió comiendo sin decir nada. Al menos no tenía que intentar quitarse el anillo delante de su familia, y más valía dejar así las cosas, no fuese que alguien le pidiera que lo hiciera y todos terminasen por darse cuenta de que había gato encerrado.

Lisa tampoco dijo nada, segura de que había ganado el combate. Así que los señores Wilford centraron la conversación en asuntos de trabajo sin que, por una noche, sus hijos sintieran deseos de interrumpirla. Maggie explicó las dificultades que estaban surgiendo con la organización de la exposición monográfica dedicada a Nefertiti, una de las reinas del Antiguo Egipto más populares, pero también una de las más desconocidas. Aquel evento era de vital importancia para el museo, que llevaba trabajando en su preparación durante casi cuarenta y ocho meses.

Prácticamente todos los objetos que había relacionados con Nefertiti estaban diseminados por museos de todo el mundo y algunos de ellos mantenían una pugna por determinadas piezas, aunque en arqueología eso era algo habitual y no tenía mayor trascendencia. En las últimas semanas, sin embargo, las cosas se habían complicado formidablemente. Una importante cadena televisiva emitió un reportaje sobre la reina egipcia en el que se mostraba sin tapujos la rivalidad existente entre las distintas partes y aparecían responsables de algunos museos haciendo declaraciones poco afortunadas al respecto. Esto provocó una guerra abierta entre unos y otros y, como consecuencia, algunos museos habían insinuado que no prestarían más sus piezas, ni siquiera para la exposición del Británico. Y si aquello ocurría, la

muestra resultaría pobre e incompleta, y no lograría la relevancia ni el eco internacional que se pretendía.

Ante esta situación, la dirección del museo encomendó a Maggie la tarea de revisar los inmensos fondos de la Sección de Egipto y rescatar cualquier pieza, por insignificante que fuera, que guardase cualquier relación con la reina y se pudiera exhibir si finalmente no conseguían llegar a un acuerdo con los demás museos.

—¡Imagínate, Marcus! —suspiró Maggie—. Hay más de 76.000 objetos almacenados sólo del Antiguo Egipto, y tal y como están clasificados, unos 3.000 se podrían relacionar de alguna manera con Nefertiti o con su época. ¡Y tenemos que revisar todos, por si hay que exponer alguno de ellos!

Charlie siguió escuchando los lamentos de su madre ante la ingente labor que suponía encontrar unas pocas piezas que difícilmente tendrían alguna trascendencia en una exposición que parecía estar gafada de antemano. En circunstancias normales, le habría pedido a su madre que le contase la historia de la reina Nefertiti, pero el latín le había dejado exhausto y lo único que le apetecía era meterse en la cama.

Antes de acostarse, puso el despertador a la una de la madrugada para bajar a buscar el diccionario de latín más gordo que había en la biblioteca de su padre. Con cuidado lo colocó bajo la almohada, junto a la linterna, para que nadie más que él pudiese oír la alarma. Luego cerró los ojos y se durmió.

...

Charlie sintió que su madre le sacudía el hombro con suavidad.

—¡Vamos dormilón! —le dijo—. ¿Es que no ha sonado tu despertador?

El niño abrió los ojos agitado. ¡Se había quedado dormido! Recordó haber escuchado la alarma y haber luchado con el despertador y consigo mismo por levantarse. Pero estaba claro que el sueño terminó por vencerle.

Entonces improvisó un nuevo plan para hacerse con el diccionario que necesitaba. De un salto se levantó de la cama, cogió la ropa que su madre le dejó preparada en la silla y se encerró en el baño antes de que su hermana pudiera entrar. Cuando Lisa salió de su dormitorio, encontró la puerta del aseo cerrada a cal y canto, que siempre estaba libre a esa hora.

—¿Charlie? —preguntó incrédula, intentando abrirla—. ¿Te queda mucho? ¡Dios Santo! No me puedo creer que al enano le vaya a dar ahora por madrugar.

—¡Vete al de papá y mamá! —gritó el niño desde dentro.

Lisa le obedeció a regañadientes, pero al poco volvía a aporrear la puerta.

—¡Papá se está duchando! —protestó—. ¿Te queda mucho?

—Ya he terminado —dijo Charlie canturreando al abrir la puerta.

Las cosas no le podían haber salido mejor. Su hermana acababa de entrar en el baño para arreglarse y todavía tardaría un rato. Siempre le había sorprendido el tiempo que Lisa pasaba cada mañana allí dentro para arreglarse, aunque, desde que había cumplido catorce años, la situación había empeorado de manera preocupante.

En cuanto la muchacha hubo cerrado la puerta, el niño comprobó dónde estaba el resto de la familia. Su padre seguía en la ducha y Maggie preparaba el desayuno en la planta de abajo. Era la ocasión perfecta.

Charlie subió al desván a toda velocidad y cogió el diccionario que ocultó en el armario la tarde anterior. Luego bajó las escaleras sigilosamente para que su madre no le oyera, se metió en la biblioteca y devolvió el libro a su estantería, cogiendo en su lugar el de mayor tamaño. De nuevo subió las escaleras para esconder el diccionario en el desván. Al pasar por delante del baño, oyó el ruido de la cisterna: Lisa no tardaría en salir. Subió un tramo más de las escaleras, se metió corriendo en el desván y guardó el diccionario en el armario.

Misión cumplida, lo había logrado.

El niño cerró la puerta tras de sí y volvió a bajar procurando no hacer ruido. El baño estaba vacío y su hermana estaría a punto de salir de su habitación.

Cuando Charlie entró en la cocina, su madre le recibió con una sonrisa.

—¡Buenos días, cariño! ¿Ya estás arreglado? —le preguntó mientras le servía los cereales.

En ese momento, Lisa y Marcus entraron también en la cocina.

—¡Caramba, Charlie! —dijo su padre—. Esto se está convirtiendo en una buena costumbre.

Charlie sonrió sin poder ocultar su satisfacción.

—¡Si es que soy una máquina! —exclamó mientras, a su lado, Lisa se comía los cereales con cara de fastidio.

...

Cuando Horatio abrió el cofre y examinó lo que había en su interior, no salió de su asombro. El objeto que custodiaba era demasiado rico y del todo

inapropiado para unos monjes que habían hecho voto de pobreza. No obstante, lo más turbador fue el relato que leyó en el pequeño libro que encontró junto a él.

Aquella historia era tan extraordinaria que sólo podía ser producto de los delirios de un monje demente o supersticioso en exceso. Pero, aunque todo aquello era tremendamente inquietante, algo le decía que también era cierto.

Quienquiera que hubiese escondido el cofre, temía que la persona equivocada se hiciera con el objeto que contenía, pues no sólo era increíblemente poderoso, sino también indestructible. Consciente de que tarde o temprano sería descubierto, su misterioso propietario se había asegurado de poner a prueba a quien lo hallara, de forma que sólo alguien verdaderamente noble, sabio y tenaz sería capaz de poder juntar las piezas que lo harían funcionar. Todas ellas habían sido cuidadosamente ocultadas en otras tantas abadías cistercienses, a las que sólo se podía llegar descifrando las pistas que había dejado escritas.

Espoleado por la posibilidad de reunir todas las piezas y en el más absoluto de los secretos, Horatio dedicó largos meses a estudiar el manuscrito con detalle, desentrañando las pistas que en él había, visitando las ruinas de los monasterios y buscando cada una de ellas.

Una vez las hubo encontrado, las guardó de nuevo en el cofre negro. Si cuanto había leído en el manuscrito era cierto, se hallaba, sin duda, ante el objeto más poderoso que había existido nunca.

Un objeto tan poderoso que, quizás, no debió ser desenterrado jamás.

CAPÍTULO IV: ¡Pillado!

En cuanto llegó a casa, Charlie repitió el ritual de todas las tardes para no levantar sospechas. Se lavó las manos, se puso las zapatillas de andar por casa y merendó. Su padre apenas tuvo que insistir para que siguiera la rutina marcada, ni siquiera para que dejara recogida la mesa de la cocina; pero Marcus era un poco despistado y pareció no darse cuenta de lo fácil que estaban resultando las cosas aquella tarde. Por su parte, Charlie procuró extremar las precauciones, y quiso asegurarse de que los demás estaban ocupados en sus quehaceres antes de subir al desván. Desde la puerta, se

asomó a la biblioteca y vio a Marcus trabajando en su escritorio y a su hermana sentada en el viejo sofá.

—¡Perfecto! —exclamó disponiéndose a subir las escaleras.

Una vez en el desván sacó el enorme diccionario del armario y se sentó a trabajar. Sobre el escritorio extendió la hoja de papel con la traducción y los versos en latín del profesor. Una a una, se puso a buscar las palabras que no consiguió encontrar la tarde anterior.

—*Lucem, lucem, H..., I..., L...* —dijo mientras pasaba las hojas del libro—. *Longe, lentus...*

Estaba tan concentrado que no reparó que no estaba solo en la habitación, ni sintió que alguien se le acercaba con total sigilo, contemplando lo que estaba haciendo con una sonrisa maliciosa.

—¡¡Te pillé!! —le dijo de pronto.

Charlie levantó la vista sobresaltado y vio a su hermana sonriendo con absoluta satisfacción.

—Vaya, vaya —le dijo con retintín, mientras le rodeaba por la espalda—. Últimamente parece muy interesado por el latín.

Charlie movió la mano con disimulo, intentando tapar la carta del profesor y la traducción que había escrito.

—Ya me estás explicando qué es lo que tienes ahí, enano —le dijo ella con tono amenazador—. Y qué es lo que estás tramando. A mí no me engañas, sé que ocultas algo.

El niño dudó unos momentos. Si le contaba sus descubrimientos a la cotilla de Lisa, ella querría dirigir toda la investigación, le daría un montón de órdenes y terminaría por fastidiarle todo el asunto.

—No oculto nada —contestó por fin.

—Vamos, Charlie. Yo no me chupo el dedo como papá y mamá. Te llevas los tres diccionarios de latín de la biblioteca, de repente apareces con un anillo que acabas de encontrar a pesar de haber revuelto en el desván durante meses, pones el despertador a medianoche y, para colmo, eres el primero de toda la familia en arreglarte. Tú estás tramando algo, lo sé.

Charlie se quedó en silencio. No había nada que se le pudiera pasar por alto a la fisgona de su hermana.

—O me dices lo que es, o me chivo —amenazó ella—. Puede que papá y mamá quieran saber un poco más sobre el asunto y se te acabe el chollo del desván.

Charlie escuchaba en silencio. Sabía que su hermana no dejaría de insistir y de presionarle hasta que se hubiese enterado de todo; era demasiado cotilla para rendirse.

—Ya no podrás encerrarte aquí a jugar nunca más —continuó ella—. Y, por cabezota, también me voy a chivar de las chokolatinas que guardas en el fondo de tu armario. Y de que fuiste tú, y no los de la mudanza, quien rompió el jarrón de mamá.

Definitivamente estaba enterada de todo. Charlie la miró unos instantes, sintiéndose como un ratón atrapado en las garras de un gato despiadado, y por fin accedió a contarle a su hermana sus descubrimientos.

—Prométeme que no le dirás nada a mamá ni a papá —dijo antes de empezar a hablar—. De lo que te voy a contar ahora, de ninguna de las cosas que acabas de decir ni de ninguna otra que sepas. No te chivarás absolutamente de nada.

—Te lo prometo —respondió Lisa, levantando la mano con solemnidad.

—Y que no me vas a volver a llamar enano.

—De acuerdo. Pero sólo si me cuentas toda la verdad.

—Encontré esta carta escondida en un compartimento secreto del escritorio.

—¿Qué compartimento?

—Éste de aquí —respondió Charlie mientras se lo enseñaba—. La carta es del profesor Horatio, el viejo del cuadro de la biblioteca.

—Sí, sí, ya sé quién es —dijo Lisa moviendo la cabeza con impaciencia—. Pero, ¿por qué es tan importante?

La muchacha extendió la mano para que el niño le entregara la carta.

—Por lo que dice del tesoro —contestó Charlie.

Lisa la leyó en silencio. Al igual que su hermano, tuvo que leerse un par de veces los párrafos en los que hablaba del tesoro y se preguntó si todo aquello sería cierto.

—¿Y todo esto qué tiene que ver con los diccionarios de latín? —dijo al terminar.

Charlie le entregó entonces la hoja que contenía los versos.

—Esto venía con la carta y sospecho que son las pistas para encontrar el tesoro —explicó sin poder disimular cierto orgullo—. Por eso cogí los diccionarios, para intentar traducirlos.

Lisa examinó detenidamente la misiva y los versos.

—Hermanito, o eres muy sagaz o tienes más imaginación que ninguna otra persona en el mundo —dijo—. ¿Y el anillo?

—Venía dentro del sobre, junto con esta llave.

—Déjame verlo —ordenó Lisa extendiendo la mano.

—Es que no puedo quitármelo —dijo Charlie con voz lastimera.

—¡Tonterías! —exclamó ella, tratando de sacarlo del dedo de su hermano.

Tras varias tentativas, se rindió.

—Lo he intentado todo, Lisa. Hasta con jabón, como hace mamá. Pero no sale, es como si hubiera encogido al ponérmelo.

La muchacha le miró unos instantes y luego volvió a revisar el compartimento secreto, la carta, los versos, la llave... Que hubiese un tesoro en la casa le parecía una posibilidad más propia de las historias que su madre les contaba que de la vida real, pero todo aquello le parecía bastante intrigante. Y si Lisa Wilford tenía una flaqueza era, precisamente, su incapacidad para mantener a raya su inagotable curiosidad.

—¿Y has conseguido traducir los versos?

—Esto es todo lo que he conseguido —contestó Charlie, mostrándole la hoja de papel con su traducción.

Lisa la tomó y la leyó para sí.

—¡Esto no tiene ningún sentido!

—Ya lo sé —dijo Charlie apesadumbrado—. Pero ahora que te he contado todo, podías ayudarme, a ver si a ti te sale mejor.

—¿Traducirlo yo? ¿Estás loco? ¡Odio el latín!

Lisa cogió una hoja en blanco y en ella copió la frase que había en el sobre y los versos de la carta de Horatio. Cuando terminó, dobló la hoja y la metió en un bolsillo del pantalón, junto con la traducción que había hecho su hermano.

—Guarda todo —ordenó—. Y coge tu abrigo; nos vamos.

—¿A dónde?

—Lo importante no es saber todas las respuestas, sino contar con fuentes fiables —sentenció mientras se dirigía a la puerta—. Si llevas razón y es un mensaje oculto, lo descubriremos. No tardes, te espero abajo.

...

Al ver el cofre sobre la mesa de su biblioteca y el gesto grave de su amigo, Sir Robert comprendió que se trataba de un asunto importante. En sus visitas semanales ni él ni Horatio habían vuelto a comentar nada acerca sobre éste ni sobre su contenido. De hecho, no le había dado la menor importancia a aquel asunto y había imaginado que simplemente guardaba cartas o antiguos documentos que su amigo habría estado estudiando.

Sin embargo, el rostro de Horatio indicaba que fuera lo que fuese, se trataba de algo mucho más trascendental de lo que había supuesto en un principio. Aunque desconocía el motivo por el cual su amigo no le había mencionado nada sobre aquello durante tanto tiempo, no tenía duda de que estaba justificado.

Horatio esperó a que Sir Robert cerrara la puerta de la estancia y se acercara hasta el cofre. Entonces lo abrió solemnemente, mostrando a su amigo su contenido que según explicó había encontrado en la pequeña abadía de Sir Robert y en otras tantas que había visitado. También le enseñó el pequeño manuscrito que halló en el cofre y le resumió el extraordinario relato que guardaba en sus páginas.

Sir Robert le escuchó en silencio, acariciando sus cabellos plateados y sin interrumpirle en ningún momento. Horatio no era ningún iluso y jamás daría por cierta una historia sin haberla verificado antes, incluso aunque fuera tan increíble como ésta.

—No he comprobado personalmente sus poderes —explicó el profesor—. Si lo hiciera, te lo arrebataría para siempre. Y esto es tuyo, te pertenece... Pero me temo que cuanto digo es cierto.

Sir Robert permaneció unos segundos mirando a su amigo en silencio.

—Esto no cambia las cosas, Horatio —dijo al fin—. Ya sabes que sólo disfruto de la Historia cuando la leo cómodamente sentado en el sillón de mi biblioteca. Te dije que cuanto había en el cofre era tuyo y lo mantengo; y lo cierto es que no conozco mejor hombre que tú para hacer uso de un poder semejante. Sólo te pido dos cosas. La primera es que a partir de ahora guardes bien tus espaldas. La segunda es que no faltes a nuestra cena de los jueves. Siempre he disfrutado con tu conversación, pero presiento que a partir ahora será verdaderamente apasionante.

...

Lisa se despidió de Marcus diciendo que iba al museo a buscar a su madre. Ella solía hacerlo con cierta frecuencia, pero aquella tarde la novedad era que se llevaba a Charlie consigo.

Juntos recorrieron las dos manzanas que separaban su casa del Británico. En la entrada estaba apostado un guardia de seguridad tan grande como un armario, al que Lisa saludó con una familiaridad que sorprendió a Charlie.

—Buenas tardes, Steve —dijo sonriendo.

—Hola, Lisa —contestó el hombre—. ¿Vienes a ver a tu madre?

—Sí, hoy traigo a mi hermano Charlie. Queremos darle una sorpresa.

Luego caminaron por los pasillos del edificio hasta llegar a una zona de despachos. Lisa iba saludando al personal del museo con el que se iba encontrando; parecía conocer a todo el mundo.

De pronto se detuvo delante de un despacho del que salía música clásica y en cuya puerta había un letrero en el que se podía leer "*Mrs. Rotherwick - Responsable de Documentación*". A Charlie aquel nombre le resultó familiar, aunque no conseguía recordar dónde lo había oído.

—Buenas tardes, señora Rotherwick —saludó Lisa al entrar—. Le presento a mi hermano Charlie.

—Buenas tardes, Lisa —contestó la mujer bajando el volumen de su reproductor de música—. ¿Venís a ver a vuestra madre?

—Bueno, venimos a buscarla, pero en realidad a quien quería ver es a usted.

—¡Oh! ¿Y cómo es eso, querida? —preguntó la mujer quitándose las gafas.

—Verá, señora Rotherwick— dijo Lisa acercándose a ella—. Me preguntaba si podría ayudarme con unos versos en latín. Mi padre está bastante ocupado preparando una conferencia y mi madre siempre dice que no hay nadie en todo Londres que domine las lenguas clásicas mejor que usted.

—¿De veras? —dijo la señora Rotherwick sintiéndose adulada—. Exageraciones, querida, exageraciones. Pero déjame ver qué versos son esos.

Lisa le extendió el papel en el que previamente había copiado el texto en latín y la traducción que hizo su hermano.

Mientras lo leía, Charlie observó a la señora Rotherwick con cuidado. Debía rondar los sesenta años. No tenía demasiadas arrugas en la cara ni canas en el pelo, aunque su peinado y su vestimenta la hacían parecer mayor. Era una mujer agraciada pero su gesto era adusto y serio, así que no le resultaba

simpática. Su manera de hablar era tremendamente educada y severa a la vez; no se podía decir que no fuera correcta aunque resultaba algo distante. En conclusión: aquella mujer le parecía un auténtico cardo.

—¡Vaya, querida! —exclamó la señora Rotherwick negando con la cabeza—. Creo que debes aplicarte más en latín. Esta traducción está plagada de errores.

—¿Ah, sí? —dijo Lisa un tanto ruborizada.

—La culpa es mía, señora Rotherwick —interrumpió Charlie—. Le pedí a Lisa que me dejara hacerlo a mí por esta vez.

—¡Oh! Eso es estupendo —respondió la mujer con gesto sorprendido—. ¡Qué niños tan aplicados! Pero, si quieres aprender latín, debes estudiar primero sus fundamentos.

La señora Rotherwick leyó el poema en voz alta, dándole un tono bastante solemne. Luego explicó de forma más prolija de la que Lisa y Charlie hubieran deseado, el uso del genitivo, el vocativo y otros aspectos de vital importancia en la gramática latina mientras corregía la traducción de Lisa. Por fin, cuando Charlie ardía en deseos de salir corriendo en busca de su madre, la mujer volvió a leer en voz alta lo que había garabateado en el papel.

—*“Lo que antes era un sueño,*

ahora es camino real.

“Sólo el sabio, el valeroso

y el que posee la verdad,

es digno de encontrar el camino de la luz.

Cuando al señor de la noche oigas cantar,

encuentra la flor de la diosa del arco iris

y a su hermana, la primera flor de la primavera.

Juntas te conducirán

a un lugar donde tu reflejo no verás,

pero un brillante destello

te guiará para que, con la llave,

navegues por el río hacia atrás.”

—¡Es usted fantástica! —exclamó Lisa.

—Gracias, querida —contestó la señora Rotherwick visiblemente satisfecha por el reconocimiento de su reducido público—. ¿Y quién dices que es el autor? Sólo reconozco la primera frase, que es una cita de Marcial, aunque aquí dice “sueño” y en realidad es “sendero”. El resto, la verdad, es un poco extraño y bastante complicado para tu edad. No recuerdo haberlo visto nunca y eso que he leído los textos de casi todos los clásicos.

—Verá, lo he olvidado —dijo Lisa—. Bueno, no sabrá dónde podemos encontrar a nuestra madre, ¿verdad?

—Ahora mismo la llamo —contestó la mujer—. La pobre anda muy liada con todo el asunto de la exposición de la reina Nefertiti.

—Sí, algo he oído —comentó Lisa.

—Un verdadero quebradero de cabeza —dijo la señora Rotherwick con tono apesadumbrado—. Iba a ser el gran acontecimiento del año para el museo y parece que todo se está yendo al traste.

—Vaya, quizás no hayamos venido en un buen momento, y ella ya está muy preocupada con la exposición —dijo la muchacha—. Dígale que la esperamos en casa, no quisiera importarla.

—Bien, querida, se lo diré —respondió la señora Rotherwick.

Lisa cogió a Charlie del brazo y recorrió el pasillo a toda prisa.

—¿A dónde vamos? —preguntó su hermano desconcertado—. ¿Es que no vamos a esperar a mamá?

—¿Esperarla? ¡Estás loco, no tenemos tiempo que perder! —exclamó Lisa acelerando el paso más aún.

—Pero, ¿qué es lo que pasa? —inquirió Charlie, que a duras penas conseguía mantener el ritmo de su hermana.

—Hoy es viernes, y papá y mamá se irán al cine.

—¿Y qué?

—¿Pero es que no lo ves, enano? —dijo Lisa sin aminorar la marcha.

—Prometiste no volver a llamarme así.

—Lo siento, lo siento. Hoy tenemos la oportunidad perfecta para buscar el tesoro. La señora Davis vendrá a cuidarnos y, como de costumbre, se plantará

delante de la tele toda la noche, sin moverse del sofá hasta que papá y mamá regresen.

—¿Y entonces por qué corremos tanto? Todavía no habrá llegado.

—¡Exacto! —dijo Lisa frenando en seco y volviéndose hacia el niño—. Tenías razón, esos versos son pistas, acertijos que tenemos que adivinar. Si los busco en *Internet*, tal vez encuentre la respuesta, pero ya sabes que desde el incidente, papá sólo me deja usar su ordenador cuando él o mamá están en casa. Así que deja de hacer tantas preguntas y date más prisa

Charlie vio el brillo de la determinación en los ojos de su hermana. Ya nada podría pararla, así que decidió cerrar el pico y tratar de mantener el paso. En unos pocos minutos llegaron a su casa.

Antes de entrar, Lisa se detuvo delante de la puerta.

—Bien, esto es lo que haremos —dijo, pegando su boca a la oreja de Charlie para que nadie más pudiera escucharla.

...

¿Te ha gustado el fragmento?

Si es así y te gustaría adquirir el libro completo, pincha en este enlace:

<https://www.ctcassana.com>